

DAVID GILMAN

GARRRAS
de **HIELO**



A dos mil metros de altura en las cumbres heladas de la montaña, Max Gordon forcejea con la muerte. Su lucha por ganar una competición de deportes extremos de aventura, se convierte en una carrera por la supervivencia.

Max es testigo de los últimos minutos de vida de un misterioso monje vasco, que le transmite, antes de morir, un críptico mensaje. Al parecer se trata de una profecía que predice un cataclismo ecológico que destruirá Europa. Sin embargo, pronto se convierte en el principal sospechoso... ¿Cómo podrá probar su inocencia si nadie cree en él y no le queda nadie en quien confiar?

*Para Suzy.
Que nunca acabe la aventura.*

Capítulo 1

Era un día demasiado hermoso para morir.

Max Gordon observó los picos montañosos que dejaban cicatrices en un cielo transparente como el cristal. Un susurro de niebla planeó por el valle encima de ellos, serpenteó brevemente y escapó entre las cimas. Ráfagas de nieve se esparcían de las rocas como una bandada de mariposas blancas sorprendidas en un prado. Pero no se trataba de un paisaje amable en su conocida Inglaterra. Max se encontraba a dos mil metros de altura, con un tiempo helado e impredecible, y nadie sabía que él y su mejor amigo, Sayid Khalif, estaban allí.

Un manto de nieve de las dimensiones de un campo de fútbol se aferraba precariamente a una roca unos cien metros encima de él. Una sacudida del viento, un estremecimiento de los sobrecargados árboles..., y un millar de toneladas de nieve caería en avalancha y los golpearía a él y a su amigo herido, hasta conducirlos a la muerte.

Cincuenta metros más abajo Sayid yacía doblado por el dolor y el miedo. Max tenía que llegar hasta él y apartarlo

de la ladera de la montaña. No quedaba mucho tiempo. Una grieta de la nieve poco compacta crujió y cayó sobre Sayid.

—¡No te muevas! —exclamó Max, extendiendo la mano hacia el muchacho en señal de alerta, mientras pisaba con cuidado, usando su *snowboard* boca arriba para comprobar la nieve.

Max jadeaba a causa del esfuerzo cuando se desplomó de rodillas junto a Sayid. Utilizando sus dientes, se quitó el guante de esquí y, con cuidado, palpó la pierna de su amigo.

Sayid gritó. Sus ojos se agrandaron a causa del dolor.

—Lo siento, amigo —dijo Max, sin dejar de vigilar la nieve encima de ellos.

—Está rota —murmuró Sayid.

—Tu pierna está perfectamente. Probablemente es una torcedura de tobillo.

—¿Tú crees?

—Sí —mintió Max—. Te está bien empleado por salirte de la pista. La idea era mantenerse en las pendientes seguras.

Ayudó a Sayid a sentarse, le estiró la pierna torcida y limpió de nieve el rostro del muchacho.

Estúpida apuesta: Sayid con esquís contra Max en su *snowboard* a ver quién llegaba primero. Pero Sayid había caído en esta peligrosa hendidura un centenar de metros atrás al hacer un giro. Había tomado una pista engañosa, que prometía mayor rapidez, y había ignorado los avisos de Max. Cuando Sayid se golpeó con el tronco de un árbol caído escondido bajo la nieve, dio volteretas durante otros diez metros. ¡Había tenido suerte de no romperse el cuello!

Max cogió el esquí roto. Estirando el cordón para atar el anorak de Sayid, cruzó el esquí bueno con la pieza partida del otro, formando una cruz.

—¿Estás haciendo una tablilla? —dijo Sayid.

—No la mereces, idiota —negó Max—. Con esto vas a salir de aquí.

—¿Bromeas? Me muero de dolor. Necesito un helicóptero.

—No vas a necesitar nada —dijo Max acabando de atar el improvisado medio de evacuación y señalando la pista con la cabeza— si esto se desliza montaña abajo.

Un enorme crujido reforzó su alerta de avalancha: un gran pedazo de nieve se desgajó y pasó rugiendo hasta el extremo de la ladera, en un atemorizador alarde de peso y poder.

—¡Max! ¿Qué hacemos?

—Si no salimos inmediatamente de aquí, sería un buen momento para dejarse llevar por el pánico. Tenemos que movernos ya, Sayid. Sujeta esto —y Max puso las manos de Sayid en el esquí roto, que ahora hacía las veces de manillar—. Siéntate en el esquí bueno, sujétate fuerte y apunta hacia allá abajo.

Sayid rebuscó algo en su bolsillo.

—Un momento, ¡aguarda! —Sacó una sarta de pequeñas cuentas negras, la enrolló alrededor de su puño, las besó y dijo nervioso—: ¡OK! ¡Allá voy!

El temor de Sayid por su vida pudo más que el dolor lacerante en su pierna cuando Max lo empujó. Como un niño cuyos pies se han salido de los pedales de un triciclo, Sayid rodó por la nieve, y sus gritos de terror llegaron a Max mezclados con las ráfagas del viento.

Max acababa de sujetar sus botas al *snowboard* cuando la montaña se desprendió. El tamaño del gran bloque de nieve lo hipnotizó. Caía a cámara lenta, un fragmento de tiempo en el que supo que no podría correr más que algo tan poderoso. La tierra tembló. Max dobló las rodillas, lanzándose lejos del poder borroso que destrozaba los árboles doscientos metros a su derecha. El polvo arremolinado lo ahogaba y la ráfaga de aire de la avalancha le golpeaba la espalda. Se abalanzó hacia delante y se deslizó en zigzag

tan rápidamente como pudo. La avalancha corría paralela a él a más de cien metros, rugiendo y causando destrucción, como un carnívoro frustrado cazando a su presa.

Una oleada de adrenalina bombeó por las venas de Max. El riesgo letal de correr al borde de esta ola terrorífica quedó en el olvido al ser invadido por una excitación salvaje. Soltó una carcajada.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Puedo ganarte! ¡Puedo vencer!

Un pedazo de nieve del tamaño de una roca se desprendió del bloque principal y se dirigió hacia él. Chequeó la situación. Max dobló la espalda, viró hacia el interior del bloque de nieve y sintió cómo el borde de la avalancha le cubría las rodillas.

—¡Aguanta! ¡No te caigas! ¡Ahora no!

De pronto, todo había pasado. La monstruosa avalancha golpeó apenas a unos metros de él convertida en nieve compacta y rocas, y bordeada de árboles.

Salpicando polvo blanco y crujiente, Max giró su tabla hacia un lado y se detuvo. Mirando hacia atrás, vio que el lugar donde habían estado él y Sayid unos momentos antes era irreconocible. El silencio era ahora casi tan sobrecogedor como lo había sido el corto rugido de la avalancha. Max había pasado a ras de las ramas cargadas de nieve y había cruzado al otro lado. Estaba a salvo. Respiró una bocanada de aire frío. La voz del interior de su cabeza todavía se jactaba de la victoria, pero no se hacía ilusiones. Si esta avalancha se hubiera dirigido hacia él, habría sido enterrado vivo y aplastado hasta morir.

En el pueblo de esquí de Mont la Croix, la pequeña clínica de emergencias se utilizaba para inmovilizar piernas rotas y estabilizar a los pacientes antes de enviarlos a un hospital de la ciudad. Normalmente eran adultos, gritando de dolor, que pensaban que se podía esquiar sin estar preparado, sin practicar: de esos que creen que «cualquier idiota puede

hacerlo». Ésos eran con frecuencia los que acababan con las piernas rotas.

Max observaba cómo Sayid salía en silla de ruedas de la sala de urgencias, la pierna cubierta por una tablilla hinchable desde el pie a la rodilla, un vendaje especial que se la mantenía inmovilizada y la protegía de cualquier percance al moverse.

—Te dije que estaba rota —gruñó Sayid.

—¿Está muy mal? —preguntó Max a la joven enfermera francesa.

Ella sonrió antes de hablar; su acento tenía una atractiva entonación melódica.

—No es nada serio. Se ha fracturado un hueso del pie, pero aquí sólo ofrecemos servicios de urgencia. Lo enviaremos al hospital de Pau. Está a un par de horas, allí le escayolarán la pierna.

—¿En helicóptero? —preguntó Sayid esperanzado.

—No, no. No estás lo bastante grave —dijo ella, y sonrió de nuevo.

—Puedo hacer que sea peor —sugirió Max.

—No bromees —dijo ella, regañándolo—. Habéis tenido suerte. Ha sido un milagro que no os arrastrara la avalancha. Está prohibido esquiar fuera de las pistas.

Max se sentía un poco culpable por haber dejado que Sayid se metiera en problemas. Había prometido a su madre, una profesora de su colegio, que cuidaría de su único hijo.

—¿Puedo acompañarlo al hospital?

Antes de que ella pudiera responder, Sayid dijo:

—No puedes. Tienes las finales mañana. Si las carreteras se hielan, nunca llegarías a tiempo. Max, yo estoy bien, no me pasará nada. Tú casi lo has conseguido: ¡puedes ganar este campeonato!

Sayid tenía razón. Haber llegado tan lejos en la competición *Junior X-Treme* ya era un pequeño milagro. Aunque su padre le había ayudado, Max disponía de pocos fondos.

Había realizado todo tipo de trabajos para ganar dinero. No sirvió para comprar el mejor equipo, pero fue suficiente para cubrir los costos necesarios para ir a los Pirineos franceses y competir.

Max había entrenado durante dos años para entrar en esta competición y sus profesores lo habían animado durante todo el tiempo. Dartmoor High no era una Escuela Superior normal. Construida en la roca como una pequeña fortaleza medieval en la cara norte del Parque Nacional de Dartmoor, este colegio ofrecía una sólida educación poniendo el énfasis en la autosuficiencia. El páramo, a menudo traicionero, en el que se hallaba ponía a prueba no solamente a los muchachos en Dartmoor High; era lo bastante duro como para ser usado como terreno de entrenamiento por los soldados y marines británicos.

Lo que Dartmoor no tenía eran laderas nevadas, por lo que Max había tenido que confiar en el *skateboard* para poner a prueba sus habilidades. Un camino como pista para deslizarse colina abajo con bultos ocasionados por las raíces de un árbol le había proporcionado una perfecta rampa de salida. El tupido brezo había amortiguado sus caídas, que habían sido numerosas, pero entre esto y las carreras de esquí seco en Plymouth había aprendido algunas de las técnicas necesarias para competir. Quedaban dos pruebas y la del día siguiente era crucial.

La enfermera se dio cuenta de la preocupación de Max.

—Quizá pueda ayudarlos —dijo—. Las carreteras están ya en malas condiciones, así que la ambulancia no llegará de Pau para llevarse a tu amigo antes de mañana. Podemos acomodarlo aquí por una noche.

—Es una gran idea, Max —dijo Sayid—. No me gustaría que intentases hacerme subir los tres tramos de escaleras del albergue.

—¿Tu habitación está arriba? —dijo ella—. Entonces definitivamente pasarás la noche aquí. Esperad un momento. Voy a solucionarlo.

Dejó solos a los dos muchachos y se dirigió al mostrador de recepción, donde pasó unas páginas inspeccionando una lista.

Sayid sonrió a Max. Las camas del albergue tenían tablas con duros colchones y las duchas tenían por costumbre estropearse cuando estabas enjabonado. Una confortable cama de hospital con atención personal era como unas minivacaciones. Casi valía la pena el dolor.

Max miró por la ventana. Había perdido la noción del tiempo. Era tarde. Los conos de luz de las farolas de la calle proyectaban espesas sombras por el revoltijo de edificios del pueblo. Un cuadro invernal perfecto, aunque con un suelo traicionero. Le habría costado transportar a Sayid por esas calles, asegurarle una comida caliente y acompañarlo a la cama.

—Muy bien, Sayid, suertudo. Iré a verte a Pau después de la competición, ¿vale? —le dijo Max.

Sayid asintió, pero cuando Max se dio la vuelta le sujetó el brazo. Una mirada angustiada arrugó su rostro.

—¿Qué? —dijo Max con suavidad.

Sayid dudaba, después movió la cabeza con tristeza:

—Max, he perdido las cuentas de mi padre.

—¿Dónde?

—Cuando pasé por aquellas ramas más bajas.

Max recordó el recorrido de Sayid cuando competían con la avalancha. Aquellas cuentas eran importantes para Sayid. Max tocó inconscientemente el viejo reloj de acero inoxidable de su muñeca. Su padre lo había llevado veinte años atrás en su ascensión al Everest y se lo había regalado en su décimo segundo cumpleaños. La inscripción en la parte posterior rezaba: «*A Max. Nada es imposible. Te quiere, papá.*»

Unos años atrás el padre de Max había rescatado a Sayid y a su madre de unos asesinos en Oriente Medio, pero el padre de Sayid había sido abatido a tiros. La tira de cuentas —la *misbaha*— era, como el reloj para Max, una de

las pocas cosas que le quedaban a Sayid de su padre. La *misbaha* era una sarta que podía tener treinta y tres o noventa y nueve cuentas, y que los musulmanes utilizaban para meditar. Aunque estas cuentas para rezar o para reflexionar eran simplemente de ébano, para Sayid no tenían precio, pues representaban un vínculo tangible con su difunto padre.

El padre de Max había arriesgado su vida para salvar al hijo de su amigo muerto, pero qué había hecho Max: poner en peligro la vida de Sayid por una estúpida apuesta. Puede que Sayid se hubiera metido en una pista peligrosa, pero Max se sentía responsable. Justamente porque había heredado esa responsabilidad de su padre.

—Echaré un vistazo después de la competición —le dijo Max.

—No lo hagas. Es demasiado peligroso —dijo Sayid—. No merece la pena arriesgarse por ellas.

La nieve y el hielo crujían bajo los pies de Max mientras cruzaba las calles en penumbra hacia el albergue, situado en el límite de la antigua localidad. La oscuridad creaba siniestras sombras. La elevada villa pirenaica se había modernizado poco y las farolas de hacía cincuenta años eran más pintorescas que efectivas.

Transportaba su tabla y los esquís rotos de Sayid en los hombros pensando con gusto en una pizza y una taza de chocolate caliente. Los esfuerzos realizados en la montaña habían minado su energía y los nervios constantes por la competición lo atormentaban. Ocupado en estos pensamientos, Max no se percató de la sombra que revoloteaba entre los edificios de la calle. Entonces oyó un gruñido y, al mirar hacia arriba, vio a una figura que saltaba de una pared baja, alcanzaba la calle corriendo, buscaba el equilibrio apoyándose contra un coche, se balanceaba y se alejaba rápidamente sin ningún esfuerzo, todo ello en un solo mo-

vimiento fluido. «*Parkour*», pensó de inmediato Max, una forma de desplazamiento o deporte extremo de estilo libre que había desarrollado un grupo de entusiastas franceses y que ahora tenía seguidores en todo el mundo. Utilizaban edificios, coches, puentes —en realidad, todo lo que encontraban a su paso— como si participaran en una carrera de obstáculos. Este corredor era rápido y mantenía un equilibrio perfecto. La figura, vestida de negro, desapareció de su vista, aunque solamente unos segundos. Los ruidos de los tubos de escape de unas motos todoterreno rompieron el silencio de las calles. Sus faros distinguieron al corredor en la oscuridad. En pocos momentos los motoristas hicieron oscilar sus máquinas en un estrecho círculo en torno a la figura. Acortando y zigzagueando, sus neumáticos les proporcionaban un agarre perfecto en la superficie helada mientras provocaban al corredor, ahora apenas capaz de dar un paso sin ser golpeado. Las motos competían para ver cuál hacía más ruido y los gases de los tubos de escape arrojaban un velo fantasmagórico sobre lo que pronto se convertiría en un ataque salvaje.

Cuatro de los seis motoristas pararon sus máquinas formando una estrella de cuatro puntas que bloqueaba cualquier escapatoria, mientras los otros dos aceleraron y deslizaron sus motos golpeando de refilón al corredor. El ruido sofocaba cualquier grito de la desesperada víctima, que cayó y rodó por el suelo, esquivando por poco las ruedas de una de las motos. Al ponerse en pie, fue golpeado en el hombro por uno de los motoristas con gran estruendo.

Max se percató de pronto de que los motoristas podían herir gravemente o incluso matar a su víctima indefensa y reaccionó instintivamente. Su *snowboard* arañó la nieve, moviéndose con rapidez... Había cubierto ya veinte metros. Tenía que encontrar un hueco entre las motos y volcar tantas como le fuera posible.

Doblando las rodillas, echándose hacia delante para equilibrarse, tomó más velocidad. El corredor estaba en el

suelo, sin aliento, quizá herido, y los motoristas estaban a punto de pasarle por encima.

Max levantó el esquí de Sayid, lo sostuvo cruzado en su cuerpo y corrió entre dos de los motoristas parados. Golpeó a los confiados motoristas, enviándolos a un lado y haciéndoles caer encima de los demás. Fue un caos súbito: motos y motoristas cayeron, los motores se calaron y una máquina se escapó fuera de control. El súbito ataque de Max los había pillado por sorpresa.

Los faros de las motos mostraron los rostros de los motoristas derribados y Max comprobó que eran más o menos de su edad. Uno de los atacantes se puso rápidamente en pie; aunque todavía aturcido, miró fijamente a Max. Éste era algo mayor, como un par de años más. Max lo observó. La forma de su cabeza era extraña. Los huesos de sus mejillas y su nariz sobresalían demasiado y tenía la barbilla hundida. Gruñendo y respirando con dificultad, mostró unos dientes irregulares y rotos. Max no podía recordar dónde había visto un rostro como aquél con anterioridad. Entonces, con asombro, lo relacionó.

Había ido con su padre de vacaciones a bucear a Aliwal Shoal en Kwa-Zulu-Natal, Sudáfrica. Los fangosos ríos que van a parar al mar allí son un refugio para los tiburones Zambezi. El arrecife estaba a unos cinco kilómetros de la costa y el agua permitía buena visibilidad. Cuando emergieron el buceador local señaló, gritando: «*Johnny One-Eye!*». Era el apodo local para estos asesinos de dientes irregulares.

Este muchacho le recordaba a uno de esos reptiles de mirada fría y sin emoción. Una fina línea blanca —una vieja herida de navaja— corría desde su oreja hasta su cuello. Era una señal de advertencia de que luchaba cuerpo a cuerpo y sucio. Max era más corpulento que cualquiera de ellos exceptuando a Cara de Tiburón, pero lo superaban en número. Pronto lo cogerían, lo derribarían y le golpearían. O peor.

Hora de irse. Soltó las cintas de su tabla y rescató al poco fornido corredor caído a sus pies. El gorro de esquí negro se le había desgarrado en la refriega; una cascada de pelo castaño rojizo cayó sobre el rostro del corredor.

Era una chica.

Las ventanas del café cubiertas de vaho borraban las calles desiertas. Max y la chica comían pizza y bebían chocolate caliente. De vez en cuando pasaba un coche y una vez oyeron el poderoso motor de una moto; Max se puso tenso, pero pasó sin detenerse. La chica le agarró la mano en un leve gesto de confianza. A Max le gustó la calidez de su caricia, pero apartó la mano para jugar con la comida. Se concentró en su pizza. Las chicas francesas eran más atrevidas que las chicas que conocía en su país o parecía que no les importaba demostrar sus sentimientos.

Se llamaba Sophie Favre. De complexión delgada, delicada y pequeña, podía tener cualquier edad entre los quince y los dieciocho o diecinueve años. Había vivido en París hasta hacía dos años y Max no se había equivocado al pensar que era una *parkour*; había aprendido de su hermano mayor Adrien. Pero esos jóvenes que la habían acorralado esa noche habían sido enviados a propósito para herirla o matarla.

—¿Que alguien ha mandado a esos tipos? Quiero decir... ¿cómo sabes que no eran un puñado de gamberros que te atacaban porque sí?

—¿Gamberros? —Frunció el ceño.

—Humm... —Buscó un equivalente francés—: *loubards*.

—No, no. Les han pagado para pararme. Son chavales, pero son como animales salvajes. Los hombres con dinero les compran lo que quieran y a cambio ellos hacen lo que les mandan. Así, si me hubieran hecho algo, la policía lo habría considerado un accidente vandálico.

—¿Por qué quieren lastimarte esas personas, los que contratan a esos chicos de la calle con motos extravagantes?

Dudó. ¿No había hablado bastante? Un pobre inocente se había puesto en peligro por ayudarla.

—¿Tengo monos en la cara? —preguntó Max.

—¿Cómo?

—Te has quedado mirándome...

—Lo siento. Estaba pensando. Mira, tú no lo entiendes. Mi hermano ha desaparecido. Nos telefoneó desde una ciudad llamada Oloron-Sainte-Marie que se encuentra a unos kilómetros valle abajo, y luego desapareció. Pensé que podría encontrarlo. He hablado con personas que lo recuerdan y nada más. Ahora tengo que regresar a casa, puede que tengan noticias.

—¿A París?

—No, a Marruecos.

—Ah, ¿me he perdido la conexión marroquí en algún momento?

Sophie se echó a reír. El chico le gustaba, lo cual no era una buena idea; no la ayudaría a finalizar su trabajo. Había observado que tenía la costumbre de pasarse una mano por el pelo y, era tan tímido que, cuando sonreía, bajaba los ojos rápidamente. «Bonitos ojos, por cierto», pensó. Azules, o gris azulado, no podía asegurarlo a la suave luz de la cafetería.

—Ahora eres tú quien me observa —le dijo ella.

Avergonzado, Max se recobró con rapidez y puso un dedo en su boca:

—Es que tienes queso entre los dientes —y tan pronto como lo hubo dicho, Max pensó que mejor se hubiera mordido la lengua.

La acompañó a su hotelito a través de las callejuelas, caminando por el centro de las estrechas carreteras, el lugar